

DOS EN LA CARRETERA UNIVERSITARIA

Victorino Polo García
Universidad de Murcia*

La universidad que yo he vivido abarca la edad dorada de medio siglo, repartido sabiamente y con ponderación a lo largo de tres etapas bien definidas, si con la posibilidad de otras clasificaciones tan dignas y bien representativas de la enorme vitalidad desplegada con emoción y clarividencia. Son, por otra parte, las mías, y por tanto, aquellas a las que me acojo incluso con deleite, una vez que las vivencias al correr del tiempo han ido depositando un poso agrídulce en el hondón del alma, como gustaba decir Unamuno, escritor muy leído en nuestra generación, hoy olvidado ignoro si con verdad y derecho.

Aquí debo indicar que la trayectoria del Profesor Joaquín Hernández Serna corre pareja y paralela con la mía, de modo que los avatares recordados vienen a ser comunes en gran parte de sus virtualidades.

La primera etapa duró cinco años felices y un tanto atolondrados, bastante impacientes y con deseos vivos de abarcarlo todo pues todo nos interesaba. Son los años de la licenciatura en Filología Románica, en plena década de los años sesenta. Descubrimos la universidad, los claustros, las aulas grandes y pequeñas, los familiares seminarios, la cercanía de los maestros, las innumerables asignaturas, que así recalaban en el griego clásico como en la geografía universal, con las infinitas islas de la Polinesia por aprender sin opción alternativa.

Dos cursos de estudios comunes con toda la balumba del saber atomizado y a mogollón, según el talante de profesores y planes de estudio, capaces de proporcionar los conocimientos básicos de alto nivel y los rudimentos de una investigación que apenas pasaba del nombre y la descripción. Después venían los tres años de especialidad, con la lengua y la literatura como centros de atención, tal que Decroly elevado a la enésima potencia. En su entorno y a su través, toda la parafernalia de fonologías, sintaxis, semánticas y otras lindezas para la lengua. La crítica literaria —aún no habíamos arribado a la sutileza expresiva de la teoría literaria—, los métodos historicistas, los métodos formalistas, la historia literaria en plenitud, los comentarios de texto apenas esbozados y las lecturas a título personal e intransferible. Y las lenguas de

* **Dirección para correspondencia:** Universidad de Murcia, Facultad de Letras. Campus de la Merced. c/. Sto. Cristo. 30001-Murcia.

la Rumania, sobre la base de un libro magistral, *La fragmentación lingüística* de Warbourg: italiano, rumano, francés, catalán, gallego, portugués y castellano, sobre todo castellano para penetrar su hondura y desentrañar sus misterios. El inglés apenas alcanzaba la categoría de instrumental y no era bienquisto, ignorantes como estábamos del nuevo imperio en ciernes.

Esta benemérita licenciatura servía para mucho, amén de nuestra liberación como luchadores barojianos por la vida y sus entresijos. Servía para preparar al futuro profesor de enseñanza media, lengua y literatura al fondo, así como para fundamentar las temidas oposiciones de las que hablaremos un poco más adelante, pues que el asunto lo merece aunque sólo fuera por el hecho de ser considerado como la segunda fiesta nacional española.

Los que pudiéramos definir como estudios académicos venían a culminar con la Tesina de Licenciatura, momento idóneo para iniciar al graduado en ciernes en las tareas de investigación. Se elegía un profesor admirado y dilecto para la dirección del trabajo, se le proponía su realización y se confiaba en la aceptación amable, como solía suceder en general. Y aquí conviene una pequeña consideración aclaratoria.

El profesor Hernández Serna había orientado su trabajo, más y mejor, al mundo filológico —al menos *in pectore* durante la licenciatura— y yo al más estrictamente literario. No recuerdo el tema de su Tesina, pero la mía versó acerca del sistema estético y expresivo en la obra de Camilo J. Cela, dirigida por el profesor Baquero Goyanes, con quien concertaba en el trabajo y en bastantes aficiones comunes, música y fotografía incluidas. El caso es que los dos alevines de futuro profesor culminamos con la redacción del texto y su presentación ante cabal y temido tribunal, que las juzgó con seriedad y benevolencia. Era el último requisito, tras el cual recibimos el flamante título de licenciado, que habilitaba para ejercer los derechos inherentes al status.

Pues bien, para comprobar la dedicación de los universitarios a su estudio y preparación, bastará el recuerdo de algo en apariencia lejano pero muy vinculado al devenir del tiempo final en la universidad, con respecto a los varones.

Existían las llamadas milicias universitarias, especie de privilegio para evitar perder un año en el servicio militar ordinario. Concedían la oportunidad de realizar dos campamentos preparatorios los veranos de cuarto y quinto curso, en los que podía lograrse el grado de alférez de complemento, si bien los menos responsables quedaban relegados al de sargento, suboficial, frente a la gloria de los alféreces, inmersos en la categoría superior de oficiales. Entonces, los campamentos se complementaban con la práctica de cuatro meses en un cuartel común.

Aconteció que mi elección fue clara, milicias universitarias, de modo que viajé a Montejaque, Ronda, Málaga, recién terminado el cuarto curso, momento en que ya tenía decidido el tema de la investigación marco de trabajo.

La vida de un miliciano universitario resultará sorprendente para las nuevas generaciones, de manera especial para quienes han visto suprimido el servicio militar con gran alivio y contento, pero el fenómeno forma parte de nuestra historia más reciente, por lo que no está mal que conozcan de dónde vienen y cuáles han sido las vivencias de sus padres y hermanos mayores a los efectos oportunos de psicossomático equilibrio y, diz que, agradecimiento.

Los jóvenes militares, a toque de diana con cornetín de órdenes, amanecían con el sol y terminaban su tarea importante al atardecer, con un sol de justicia desde el orto al

ocaso: baste decir que quien esto escribe perdió diez kilos de su anatomía en el primer campamento. Todo era espíritu militar, machismo desaforado, doctrina histórica de los ejércitos, tácticas, estrategias y permanentes asaltos a posiciones enemigas. Tres meses completos, con jura de bandera en el ecuador del tiempo. Todo un proyecto de vida complementaria del ejercicio intelectual que caracteriza el *modus operandi* de aquellos universitarios perdidos en el ferragosto andaluz, conquistando repetidamente las alturas del Murex o asediando el cementerio de Ronda en memoria de Alejandro Magno, Julio César o el mismo Aníbal.

El capítulo de indumentaria era curioso y modesto, desde las botas de montar hasta el gorro clásico con la juguetona borlita roja, que lo mismo servía para establecer elegantes ejercicios circenses que para ahuyentar las molestas moscas veraniegas. Pero la pieza clave, maestra donde las haya, venía dada por el mono de faena, con cinturón exento, exactamente igual que el de los sufridos obreros de la construcción o el campo, pero de color caqui, frente al azul marino del trabajador.

Ignoro si el profesor Hernández Serna tuvo el privilegio de tales milicias. Yo sí lo gocé hasta lograr la valiosa estrella de alférez. Pues bien, lo que recuerdo con más cariño a distancia es el susodicho mono, tan apegado a mi piel que, al cabo, parecían una y la misma cosa, pues incluso se tenía de pie una vez separado de mi cuerpo, no todas las noches, pues algunas dormía con él para mayor celeridad y eficacia en las tareas del día siguiente. Lo llevaba siempre puesto y, en las múltiples horas de doctrina bajo las encinas, aprovechaba para leer y anotar textos de Cela con vistas a la tesina. Los libros se alojaban en el buche, bien sujetos hacia abajo por el valioso cinturón. El sudor y otros efluvios de la piel maceraban las páginas, *ad maiorem gloriam* de la simbiosis trabajo físico-trabajo intelectual que tan bien han predicado los clásicos de cualquier edad. Jamás olvidaré aquel mono y su benefactora influencia en los inicios de mi trabajo de investigación, camino de la docencia todavía en lontananza.

Excursus y cierre coyuntural que me permite el regreso a las tareas específicas de cierre de licenciatura y comienzo de nueva etapa. En efecto, con la obtención del título concluía la primera de las citadas. Y se abría la segunda, no menos interesante y mucho más problemática, pues que los amarres y seguridades de los normales cursos académicos desaparecían y, en el horizonte con calima, se podía vislumbrar un futuro nada claro y menos seguro.

Había dos posibilidades manifiestas: oposiciones para ser funcionario docente o buscar trabajo en lo que saliere al paso, más o menos relacionado con los estudios recién concluidos.

El profesor Hernández Serna y yo coincidimos en elegir la primera, mucho más compensadora a larga distancia, pero exenta de casi toda clase de satisfacciones inmediatas. Ambos practicamos algún coqueteo con la enseñanza media, intentando sentar plaza en Madrid—rompeolas de todas las Españas, según magnífica descripción de Antonio Machado— si bien el profesor Hernández Serna, con mejor visión, se asentó de inmediato en el instituto de enseñanza media de Murcia “Alfonso X el Sabio” y yo recalé en las aulas del colegio de los Maristas del Malecón, donde di clases de griego, literatura y filosofía durante dos cursos académicos completos, hasta que aprobé la primera oposición de profesor adjunto de instituto, con destino en Alcantarilla, Murcia, recién creado como sección delegada del instituto Alfonso X.

Los Maristas me permitieron bifurcar los senderos de trabajo y dedicación, como trasunto personal del famoso cuento de Borges: la realización de la tesis doctoral, todo ello dedicado a perfeccionar la segunda etapa de pruebas y experiencias múltiples, hasta definir posiciones personales y establecer definitivo el conquistado campo de trabajo y profesión. Abandono, pues, el colegio marista, me incorporo al instituto, continúo mi formación y parto de un simbólico nombramiento de Profesor Gratuito de Clases Prácticas, primero adjunto al profesor Valbuena Prat y después al profesor Baquero Goyanes, con el que colaboro hasta su muerte, bien avanzada la tercera etapa que me afecta.

Mientras viajo a diario al pequeño instituto de Alcantarilla, me sumerjo a más y mejor en la redacción de la Tesis Doctoral, cuya presentación y defensa se produce a finales del año 1965, con resultado elocuente y esperanzador. Alcanzo, pues, el alto grado de las palmas académicas y me hallo dispuesto para el porvenir, que ya se insinúa como presente apretado, intelectualmente parturiento en el bello decir de Ortega y Gasset. Desde mi más tierna infancia, recordaba un dicho elemental y casi ortodoxo de mi madre, espartana en las tareas educativas y lectora de Santa Teresa de Jesús, a la que siempre admiró y de la que se sintió devota de por vida: “Siempre así. Y mejor, lo que Dios quiera”. Era una de sus múltiples máximas, tan útil en mi conformación intelectual y moral.

En consecuencia, sabía que el *así* estaba establecido para siempre. Faltaba por realizar el *mejor*, asentado en otro adagio de sabiduría popular, también ejercitado por el amor maternal: “A Dios rogando y con el mazo dando”.

Puesto a la tarea, ya doctor y con las dos primeras oposiciones aprobadas, ante mí se abría un horizonte casi infinito de posibilidades, constituyentes de tercera etapa donde la vida podía estancarse en remanso apacible sobre la seguridad ya conquistada, quizá perderse por derroteros erróneos de ambición desmedida donde el vuelo excediera el ala o, finalmente, podría discurrir por cauces crecientemente satisfactorios y realizadores de una vocación clara, bien medida en sus aspiraciones, justipreciado el futuro y puesta toda la carne en el asador del acendido *primum vivere, deinde filosofare*, pues que el equilibrio psicosomático se funda, precisamente, en eso: armonizar las exigencias corporales con las de orden espiritual, sin prevalencias notorias, aunque lejos del maniqueísmo del *mens sana in corpore sano*.

Sabíamos el profesor Hernández Serna y yo que la senda estaba trazada. Tan sólo era cuestión de seguir. Su carrera comenzó y continuó discurriendo por los caminos de la filología románica, como ya dije: quienes deseen conocer más de su trayectoria, deben hablar con él largo y tendido, que no les defraudará en ningún caso. Yo comencé mi andadura por las trochas literarias sin vacilación. Ambos constituimos una buena pareja de las de entonces. Y fuimos dos en la carretera de la universidad, una pareja de hombres inquietos y andariegos, como la Santa de Ávila, con inquietudes permanentes y crecederas.

Y ya para ir terminando esta pequeña visión regretante, casi como las viejas damas de antaño de Francois Villon, deseo reconocer un pecado y recordar una promesa.

El pecado se refiere al sistema de oposiciones como seleccionador del profesorado. Siempre me pareció una gran aberración y hablé y escribí contra él a más y mejor. Fui detractor aguerrido del sistema, escasamente comprendida mi postura por una sociedad intelectual y académicamente pacata, resignada y agradecida por los favores recibidos y los por recibir de las llamadas escuelas profesionales, en las que los maestros —es un decir— repartían

dispensadores y generosos hasta los bolígrafos y demás material de oficina. En tal sentido y rondando los cuarenta años, nunca olvidaré la actitud de un opositor suspendido quien, tras entregar al presidente del tribunal suspensor una carta de agradecimiento por las atenciones recibidas a la espera de mejor oportunidad futura, me respondió: “A estas cosas hay que venir con humildad, como conviene”. El personaje procedía de la clerecía y obtuvo la cátedra unos años antes que yo. Con el tiempo fuimos bastante amigos. Y ahora que él ya está jubilado y yo a punto, es de saber que las cosas se miran con mayor comprensión por mi parte.

Pero el pecado continuó pese a mi repulsa del sistema, pues no había otro camino. Seguí haciendo oposiciones, de manera que el resultado no puede ser más desalentador: aprobé siete y me suspendieron tres. De manera que desde Maestro Nacional de Enseñanza Primaria hasta Catedrático de Universidad, *ha recorrido, mi amor toda la escala social* y profesional del mundo académico. Un buen record para el libro Guinness, cuyo reconocimiento universal algún día solicitaré.

Y, al cabo, la promesa, cuyo sentido profundo dedico a los estudiantes jóvenes y con futuro, pues a los que han sido mis alumnos de tantos años se lo he repetido con insistencia. Es el caso que, al ver el horizonte ante mí levemente despejado y con tres oposiciones en el bolsillo, me prometí continuar en la universidad, preparándome, hasta los treinta y cinco años, ni uno más. Si a esta edad no había logrado un status digno y seguro en sus aulas, las abandonaría sin dolor.

Afortunadamente no tuve que afrontar tal situación encrucijada: y un acogedor otoño de los finales sesenta me vi explicando una magnífica asignatura llamada “Historia de la lengua y de la literatura española y sus relaciones con la literatura universal”. Y me sentí a gusto, al tiempo que alboreaba mi dedicación a la Literatura Hispanoamericana. Pero ésta es otra historia que, mejor será, su explicación quede para mañana.